

# Jesuitas y misiones: el noroeste de México\*

Margarita Nolasco Armas\*\*

En 1572 los jesuitas arribaron a lo que hoy es México. Eran quince religiosos que salieron de España en junio de ese año y el nueve de septiembre desembarcaron en Veracruz. Su primera tarea fue la educación, la que iniciaron en Pátzcuaro (1574), en México (1575), en San Gregorio (1578), en Puebla (1579), en Tepoztlán (1584) y en otros lugares, como en los prestigiados colegios de San Pedro y San Pablo, San Bernardo o San Miguel, precursores de San Ildefonso, todos los cuales dan cuenta de su importante labor educativa. Asimismo, desde 1580 se habían hecho cargo de algunos curatos, como Huixquilucan y en 1589 iniciaron su contacto con los indios nómadas, al fundar San Luis de la Paz (en el hoy estado de Guanajuato) y continuar en Sinaloa en 1591. Y fue en este momento cuando iniciaron su otra gran tarea: la evangelización de infieles aún no conquistados y pacificados: indios en América y chinos, tagalos o ilotos en Asia, a través de sus misiones.

Por otro lado, los españoles tenían problemas para continuar sus conquistas hacia el norte de lo que ahora es México. En 1529 Nuño de Guzmán con una tropa compuesta por quinientos españoles y varios miles de indios inició una serie interminable de expediciones punitivas para la conquista del noroeste. Más de cuatro siglos después, cuando los yaquis aceptaron la paz en 1936 a cambio de que se les respetara aunque fuera como ejido, parte de su ancestral territorio, y los seris permitieron, en 1957, la fundación de la primera escuela en el desierto, se logró consolidar la con-

\*Gracias a una bolsa de viaje que en 1991 me otorgó la Fundación C. B. Smith Sr. pude consultar los manuscritos jesuitas de la Benson Latin American Collection de la Biblioteca de la Universidad de Austin, Texas (Sid Richard Hall Library), lo que me permitió completar y ampliar la información para este trabajo.

\*\*ENAH-INAH

quista del noroeste de México. Fueron cuatro largos siglos de lucha: conquista y colonización no fueron fáciles, a la resistencia india se unió el medio hostil, por lo que la historia del noroeste de México es la historia de una tierra en la que cada día se han dado cruentas luchas para sobrevivir o para conquistar. Protagonistas centrales de esta historia han sido indudablemente los indios y los misioneros jesuitas.

Los primeros españoles que llegaron fueron conquistadores y a eso venían: a engrandecer el reino de Carlos V y de su madre Doña Juana y a acrecentar sus propias riquezas mediante la conquista y la colonización de ignotas tierras, de pueblos nuevos cuyos habitantes serían súbditos de sus majestades y ancho campo para la expansión de la fe del dios de los cristianos: la evangelización. Se lanzaban a la conquista esperando pronta riqueza, honores y un futuro prometedor, lo que no siempre encontraban y menos aún en el noroeste de lo que hoy es México.

La conquista y dominación fue una empresa privada pero que se acogía en todo a un sistema señorial. El clero regular y sobre todo, las órdenes religiosas, participaron también. Todos buscaban, además del beneficio económico, ciertos derechos señoriales (títulos y reconocimiento de señor, o los religiosos, señoríos propios), y formas de explotación dentro del marco medieval, precapitalista, del señorío. La capitulación o asiento era el contrato inicial entre los empresarios particulares o las órdenes religiosas y el poder real, y en el que se fijaban, entre otras cuestiones, la proporción en la que habían de participar los contratantes: rey y empresarios (conquistador y sus patrocinadores económicos u orden religiosa), tanto en la inversión como en el reparto de los beneficios.<sup>1</sup> Por lo regular, el rey se adjudicaba la propiedad de la tierra, pero cedía grandes porciones al conquistador y a sus hombres, o a los religiosos, si éstos accedían a residir en el nuevo territorio y a explotarlo. Así, la posibilidad de explotación de la tierra era, a la larga, lo que iba a dar verdadera reutilidad a la empresa de la conquista.

En 1592 la orden de los jesuitas acordó capitulaciones reales para su obra misional y en 1594 eligieron formalmente a los primeros religiosos que debían ir como misioneros a esas tierras que militarmente no se podían dominar.

El 6 de abril de 1594 Su Majestad el Rey firmó una Cédula Real en la que informó a la Casa de Contratación de Sevilla que había dado su real permiso para que el jesuita Pedro de Morales, 18 religiosos más de esa orden y dos

<sup>1</sup> José María Ots Capdequí, *El Estado español en las Indias*, FCE, México, 1959, pp. 15-18; Jacques Lafaye, *Los conquistadores*, Siglo XXI Editores, México, 1970, pp. 53-64.

criados, pasaran a las provincias de Topia, Sinaloa y La Laguna. Pedía que a costa de S.M. se proveyera a los jesuitas de pasaje y matalotaje desde Sevilla a Veracruz, y se les diera «un vestuario conforme al que acostumbran traer, y un colchón, una frezada y una almohada para la mar, y real y medio cada día para su sustentación por tiempo de un mes».<sup>2</sup> Deberían cuidar, además, de que los religiosos fueran bien acomodados, cuatro a seis en cada cámara y pagar el traslado de los libros que llevaran y el pasaje de sus dos criados. También mandó a los oficiales de Veracruz que les proveyeran lo necesario para su traslado a la ciudad de México y sustento, así como cabalgaduras que llevaran sus libros y vestuario, y que si alguno llegara enfermo le proporcionasen medicinas de botica y lo necesario para su dieta. Tantas atenciones reales, como es obvio, se debían a que, al igual que los soldados de su ejército, los jesuitas iban a engrandecer aún más el imperio de Su Majestad.

Los pueblos del noroeste eran distintos a los mesoamericanos, no sólo físicamente sino también cultural, social y económicamente. Eran pueblos de agricultores medios, de recolectores o de cazadores y pescadores que vivían en forma seminómada. No tenían riquezas acumuladas ni producían lo bastante como para tener excedentes de los que pudieran apoderarse los conquistadores y hacer redituable la empresa de la conquista. En algunas partes los españoles vieron el beneficio en los recursos naturales y mataron a los indios para apropiarse de ellos (como fue el caso de los tubares, macoyahuis, huites, níos, conchos, xiximes, acaxees, etcétera); en otras partes, en cambio, los recursos eran poco apetecibles y ahí los indios lograron sobrevivir hasta nuestros días y conservar su hábitat: valle, costa, desierto o sierra, simplemente porque ningún capitán español aspiró a ellos (como seris, kiliwas, paipai, washlá, huicholes, apaches, etcétera). Otras veces, la simple imposición de nuevas formas de relación con el medio, acabó con éste y con los indios, como fue el caso de los californianos sureños (pericues, cochimíes, laymones, loretos y otros). Sin embargo, el grueso de los indios del noroeste de México que lograron sobrevivir hasta nuestros días fueron los que aceptaron, de buen o mal grado, la vida en las misiones (yaquis, mayos, pimas, pápagos, ópatas, tarahumaras, warihios, jobas y otros).

La conquista del noroeste se alargaba, militarmente era muy difícil y, sobre todo, muy costosa. No era redituable, en términos económicos, domi-

<sup>2</sup> Anónimo, *Relación breve de la venida de los de la Compañía de Jesús a la Nueva España*, año de 1602, edición, prólogo, paleografía y notas de Francisco González de Cossío, Imprenta Universitaria de México, México, 1945, p. 104.

nar y mantener un ejército de ocupación, permanente o temporal, casi por cada tribu o ranchería de un territorio por demás extenso. La riqueza depredada no alcanzaba ni para pagar el bastimento de los soldados.<sup>3</sup> Varios intentos y fracasos llevaron a los españoles a buscar otros caminos.

Algo menos de un siglo después de la hazaña de Nuño de Guzmán y relacionada con la otra gran preocupación de los conquistadores: la evangelización, apareció otra forma de conquista y dominación: la misión. En sus capitulaciones reales los jesuitas lograron un acuerdo con la Corona Española para intentar la evangelización y pacificación de los grupos bárbaros del noroeste de la Nueva España. La Corona pagaría algún estipendio a las misiones que se establecieran en pueblos indios, previamente congregados y establecidos, y les garantizaría la no penetración de españoles en los pueblos de indios de las misiones, respeto a sus tierras y a los indios mismos (esto es, no los harían esclavos ni los llamarían a más repartimiento que el necesario para las obras públicas). Además, para la protección de las misiones y de los ranchos y minas que se pudieran establecer, se pondrían presidios militares con sus respectivas tropas.

Sólo la paciente perseverancia de los jesuitas (altamente tecnificada, como diríamos hoy en día) pudo conseguir el cambio económico y social que hizo posible la conquista y la dominación: con una mano muy dura, por cierto, y con la espada del soldado atrás, tanto para imponer su misión como para protegerse, los jesuitas crearon un sistema de misiones como una empresa agropecuaria autosuficiente y redituable, regida a través de una visión religiosa, pero que permitía mantener y costear la dominación e incluso hacerla próspera.

En lo que ahora es México, los jesuitas se enfrentaron en su tarea misionera a un nuevo reto: la pacificación, congregación y evangelización de grupos diferentes a los mesoamericanos, a los que además había que dar una base económica que les permitiese sustentarse sedentariamente. En 1592 consiguieron, como ya se indicó, acuerdos reales para su obra misional, y en 1594 fueron elegidos formalmente los primeros misioneros y empezaron a recibir el apoyo económico prometido por el Rey.

Los franciscanos habían iniciado la evangelización del norte, en la porción central, desde mediados del siglo XVI, con muy poco éxito. Los jesuitas, que llegaron, tal como ya se indicó, a fines de ese mismo siglo,

<sup>3</sup> Maquiavelo, algunos lustros antes, había escrito «Si en vez de las colonias se emplea la ocupación militar, el gasto es mucho mayor, porque el mantenimiento de la guardia absorbe las rentas del Estado y la adquisición se convierte en pérdida...», Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, Sepan Cuántos número 152, Porrúa, México, 1978, p. 30.

quedaron a cargo de todo el noroeste. Se dirigieron primero a la zona costera y a las regiones serranas sureñas de la región y, aun antes del acuerdo formal con el rey, en 1591 establecieron su primera misión en Mocerito y a partir de ahí se extendieron hasta casi abarcar todo el territorio.

Tal vez influidos por la *Utopía* de Tomás Moro, o por las experiencias de Vasco de Quiroga en Michoacán, o quizás imbuidos del espíritu de su época o conscientes de que se enfrentaban a otra situación, llegaron al noroeste con nuevas ideas: no sólo hay que pacificar, congregar y evangelizar a los indios, sino que también hay que darles una nueva forma de vida, otra base económica que permita hacer autosustentable la misión e incluso redituable. No reprodujeron la experiencia franciscana que apenas si les había permitido pasar de Parral a Casas Grandes entre 1574 y 1590, o la de los carmelitas poco después, en 1602, que no tuvo ningún éxito en Baja California, sino que iniciaron sus misiones en forma escalonada, de tal manera que unas sirvieran de avanzada o de sostén a las otras. Al parecer, mantuvieron contacto con lo que casi simultáneamente hacían en Paraguay,<sup>4</sup> porque además de las grandes similitudes entre la acción de los jesuitas en el noroeste de México y en el experimento de la república guaraní, guardadas las diferencias debidas al medio ambiente, aparecieron formas de organización y soluciones que se fueron precisando en una y otra parte de manera similar. Al parecer, las experiencias de un lado servían en el otro.

A lo largo de los 175 años siguientes los jesuitas se dedicaron paciente-mente a las misiones, pero siempre como una actividad secundaria a la de la educación que era el objetivo máximo de la orden en los nuevos territorios. En un censo general en 1726, de todos los sujetos de la Compañía de Jesús en Nueva España, enlistaron 523 jesuitas, de los que 99 eran misioneros y 6 visitantes y rectores de misiones, 325 estaban enseñando en sus colegios, 86 se dedicaban a tareas de coordinación y administración o tenían funciones de cura y 7 eran seminaristas. Esto es, sólo el 20 por ciento se dedicaba a las misiones mientras que el 62 por ciento lo hacía a la enseñanza en sus diferentes colegios.<sup>5</sup> Tan sólo en dos de éstos, San Pedro y San Pablo y San Ildefonso, dedicados a la educación superior, había 115 jesuitas, más que en las 97 misiones que entonces tenían. Así pues, queda claro que el control de la

<sup>4</sup> En 1604 fundaron la provincia jesuita del Paraguay, con guaraníes, aprovechando sus fallidas experiencias en el lago Titicaca y otras. Cfr. Miguel Messmacher, *La búsqueda del signo de Dios: ocupación jesuita de la Baja California*, tesis de doctorado, 5 volúmenes, FFL-UNAM, México, 1992, pp. 15-18 y 240-298; José Cardiel, *Las misiones del Paraguay*, Crónicas de América, número 49, Madrid, España, 1988, pp. 3-7.

<sup>5</sup> Diversos autores, *Manuscritos jesuitas*, Benson Latin American Collection, Manuscritos (BLC-M), WBS 1742, f. 8-10.

educación en las ciudades, sobre todo el de la educación superior, era lo básico y más importante para la orden. Su tarea evangelizadora a través de las misiones era su segunda prioridad. Sin embargo, hay que remarcar una y otra vez, la enorme mayoría de los grupos indígenas que hoy existen en el noroeste de México sobrevivieron gracias a las misiones, y si todo el territorio pudo finalmente ser conquistado y colonizado por europeos y quedar bajo la dominación de la Corona Española, fue gracias a la habilidad y perseverancia de los jesuitas.

Llegar hasta el inhóspito norte occidental, más allá del mundo conocido y dominado por los españoles, estaba lleno de marchas agotadoras, sufrimientos sin fin, a través de extensos territorios, muy abruptos, que tan pronto eran cortados por escabrosas barrancas o caudalosos ríos como aparecían inmensos desiertos, cuya aridez se unía a sus penitencias: ayunos, cilicios, severas mortificaciones religiosas y sobre todo, con los ejercicios espirituales de San Ignacio, para hacer más pesadas las jornadas. Pero los jesuitas llegaron tarde o temprano a toda la región, congregaron a los indios en las misiones e iniciaron un enorme cambio cultural, con la reestructuración económica consiguiente y la imposición de una nueva religión.

Los religiosos de la Compañía de Jesús se enfrentaron a un problema mayor, no sólo tenían que entrar en contacto, pacificar, congregar y evangelizar a los indios, sino que había también que cambiar la agreste ecología y crear las condiciones para sembrar nuevos productos, trigo, frutales, maíz mesoamericano, etcétera. Así pues, las misiones jesuitas no sólo atendían a la evangelización, sino que imponían una forma económica y social nueva: congregaban y pacificaban a los indios, les enseñaban nuevas prácticas agrícolas, les organizaban el trabajo: tres días trabajaban para los bienes de la comunidad y de la cofradía religiosa, tres días para el beneficio propio, y el séptimo, como era de suponerse, se destinaba al descanso dominical. Organizaban asimismo la vida diaria que se regía a «golpe de campana». Les administraban los bienes y productos y les imponían nuevas formas de gobierno y de organización social e incluso militar, alrededor de los capitanes de guerra indígenas. Es decir, en vez de apoderarse de los recursos naturales y deshacerse de los indios, los organizaban, los aculturaban, les daban nuevas tecnologías y creaban así prósperas empresas económicas, que permitían el progreso y el desarrollo de su obra misional y una forma de sobrevivencia para los indios—como sometidos obviamente y después de haber perdido parte de su cultura— en un territorio, con mano de obra indígena y con unos recursos a los que tarde o temprano aspirarían los blancos.

Su técnica de penetración fue repetida en cada ocasión: elegían un sitio apto para la agricultura y cerca de los asentamientos temporales indios. Al llegar, construían unas cuantas casuchas para protegerse, y una de ellas, apenas si diferente a las demás, era la destinada a la iglesia. Atraían a los indios a base de regalos y de darles comida, para así poder asentarlos permanentemente, congregarlos y organizarlos. En esta primera etapa dependían de los procuradores de México y Guadalajara para el total sustento de la misión, pero una vez que ésta era autosuficiente, se seguía adelante y servía de sostén para la siguiente misión. Su avance era lento, pero muy firme y seguro.

La población indígena a la que se enfrentaban estaba muy dispersa y además seguía muy diferentes tradiciones culturales, que presentaban diferentes estadios culturales. En la etapa prehispánica es posible dividir el noroeste de México en tres grandes áreas culturales: el desierto, los valles y planicies costeras y la sierra. El primero, el desierto, estaba conformado por grupos preagrícolas y precerámicos de tres tipos: 1) concheros (pericues y guaycuras), 2) recolectores y pescadores (cochimíes y yumas), 3) pescadores costeros y recolectores de desierto (seris) y uno de transición, 4) de recolectores y agricultores primitivos de lecho seco (pimas altos y pápagos)(cfr. cuadro).

Los grupos del desierto, en contraste con lo que las misiones imponían y los presidios tenían, contaban, los de tierra adentro, con jabalinas, *atlatl*, arcos y flechas para cazar y los costeros, además, con anzuelos y redes para pescar y capturar mariscos. Todos tenían piedras de moler (metates sin patas y con la mano más corta que el ancho del mismo, morteros y muelas), tajadores y destazadores, y picos de hueso o madera para abrir conchas. Tenían hornos de tierra rellenos de guijarros para cocinar y asar, o a partir de piedras calientes arrojadas en recipientes podían cocer alimentos. También contaban con raspadores de punta para curtir las pieles de aves y de cuadrúpedos con las que se vestían, y leznas para hacer redes y cestos. Asimismo tenían tajadores para labrar madera, navajas en forma de prisma para trabajar hueso y madera, y raspadores y raederas para extraer la fibra de plantas que era usada en redes y telas burdas.<sup>6</sup>

<sup>6</sup> Cfr. Juan Nentwig, *El rudo ensayo: descripción geográfica, natural y curiosa de la provincia de Sonora, 1764*, introducción, apéndices, notas e índice analítico de Nolasco, Martínez y Flores (eds.), Col. Científica, número 58, INAH, México, 1977; Cfr. Libro II de Andrés Pérez de Ribas, *Historia de los triunfos de Nuestra Santa Fe, entre gentes las más bárbaras y fieras del orbe*, 3 tomos, Ed. Layac, México, 1944; Ignaz Pfefferkorn, *Sonora, A Description of the Province*, traducción del alemán al inglés por Th. E. Treutlein, University of New Mexico Press, Albuquerque, New Mexico, 1948; Nolasco, *Conquista y dominación del noroeste de México*, mecanoscrito, DEP-INAH, México, 1994, Cap. II; *Historia general de Chihuahua*, Gobierno del estado Chihuahua, Chihuahua, 1990, tomo I; *Historia de Sonora*, Gobierno del estado de Sonora, Hermosillo, 1989, tomo I.

Cuadro. Regiones y grupos indígenas

Desierto	1. Concheros	1. Pericues 2. Guaycuruas (aripa, cora, edú, ika, monki, etcétera)
	2. Recolectores y pescadores	1. Cochimíes (laymón, loretos) 2. Yumas (paipai, diegueños, kiliwas y washlá)
	3. Pescadores costeros	1. Seris (guaymas, upanguamas, tibueros, serranos y salineros)
	4. Recolectores y agricultores de lecho seco	1. Pimas altos* (hímeris, piatos) 2. Pápagos (sobaipuris)
Valles y planicies costeras	1. Agricultores primitivos de riego	1. Pimas altos* 2. Pimas bajos (yécoras, ures, nebomes, cocomaques) 3. Opatas, jovas y eudebes
	2. Agricultores de creciente fértil	1. Cahítas (yaquis, mayos, macoyahuis)
	3. Agricultores y pescadores	1. Témoris, bamoá, sinaloa, guasaves, teparic, conicarit, baciroa, mocrorito, comanito, etcétera
Sierra	1. Agricultores de Magüechic	1. Tarahumaras 2. Warihios 3. Chinipas 4. Guasapares
	2. Agricultores de planos	1. Tepehuan 2. Acaxee 3. Xixime

\* Parte del grupo, el del extremo sudeste, es recolector y agricultor y el resto es agricultor primitivo de riego.



En el área de la sierra había dos tipos de agricultores primitivos, los de Magüechic (tarahumaras, warihios, chñipas, guazapares y pimas bajos) y los de pequeños planos (tepehuan, acaxee y xiximes). Todos eran seminómadas todavía, con un nomadismo estacional, sembraban maíz, calabaza, tépari, tabaco y recolectaban plantas, raíces y frutos silvestres comestibles, además de cazar o pescar. Tenían coa, espeque, palas de madera para sembrar; bateas, cestos, redes, mecapaes para el acarreo; arco y flechas y trampas de madera para cazar; tapancos y grandes cestos para almacenar; para cocinar tenían hornos subterráneos, hornillas al ras del suelo, cerámica, aun cuando poco variada y burda, piedras de moler (metate sin patas y mortero), redes, jícaras y cuchillos de piedra. La ropa de piel era substituida por la tejida a partir de hilos y cuerdas de agave, lechuguilla y otras plantas.<sup>7</sup>

En los valles y planicies costeras pueden distinguirse tres tipos de agricultores, los que tenían riego primitivo (pimas altos, jovas, ópatas y eudeves); los de creciente fértil (yaquis, mayos y macoyahuis); y los agricultores y pescadores (témoris, bamoas, sinaloas, guasaves, conicarits, baciroas, mocoritos y otros más). Tenían aldeas permanentes, pero salían estacionalmente de ellas para cazar, pescar, recolectar o para sus largas batidas guerreras. Cultivaban maíz, calabaza, tépari, tabaco, frijol, algodón, tomate, tomatillo y otros productos, con utensilios similares a los anteriores, pero con cierto control del agua con canales de derivación, utilizando la creciente regular de los cauces bajos de ciertos ríos, o los lechos secos de los ríos y arroyos que se pierden en el desierto. Recolectaban además quelites, maguey, nopal, tásate, nuez, sotol, yuca, etcétera, lo que daba variedad a su alimentación. Tenían instrumentos similares a los del grupo anterior pero más desarrollados, lo que es claro en la cestería y jarciería y, sobre todo, en la cerámica, ahora más variada, decorada, y ya contaban con grandes vasijas para almacenar agua y granos.<sup>8</sup>

En general todos los grupos indígenas del noroeste estaban poco evolucionados. Sus técnicas de producción eran sencillas, poco desarrolladas, y el desierto y la costa, con tal tecnología, sólo podían explotarse mediante la recolección especializada de los recursos vegetales y animales existentes. En los valles y en los planos de la sierra se practicaba la agricultura con tecnologías muy variadas, que iban desde el aprovechamiento del temporal para la siembra de maíz, frijol, tépari, calabaza, tabaco y, en muy pocos casos, algodón, con utillaje primitivo, como bastón plantador y

<sup>7</sup> *Ibidem.*

<sup>8</sup> *Ibidem.*

palas de madera (coa y espeque), hasta cierto uso de las aguas de los ríos y de la humedad de las hondonadas para riego, todo dentro de una forma colectiva de apropiación del suelo y de su utilización. En muy pocos grupos había propiedad de la tierra, de hecho, en la mayoría de los casos no había una frontera que reconociera cierta extensión territorial como patrimonio de un grupo, sino que tenían áreas de merodeo más o menos reconocidas y respetadas por los otros. Estos elementos son los que permiten calificarlos como grupos con formas económicas primitivas, precapitalistas y preclásistas. Aún más, algunos estaban en estadios preagrícolas y precerámicos, como los seris y casi todos los de la Baja California.<sup>9</sup>

Otros grupos, pocos por cierto, poseían territorios más o menos definidos, en los que sembraban y a los que protegían de los ataques de los enemigos (como los acaxee, xiximes, tepehuanes). La guerra, por otro lado, era una práctica productiva para ciertos grupos que, mediante la depredación, obtenían alimentos en época de sequía o en el duro invierno. Sin embargo, ninguno de los grupos en estas condiciones poseía bienes acumulados, riqueza extra o sobrante alguno que pudiera constituir un buen botín de guerra.

En tales condiciones, es obvio que la empresa de la conquista y de la dominación no eran redituables. El espejismo de ciudades tan ricas como Cíbola y Quivira por sí mismo no enriquecía a nadie. Los conquistadores, capitanes y soldados, iban a la empresa llenos de deudas y volvían igual, cuando volvían.

La conquista y pacificación del noroeste no fue nunca una hazaña fácil, pero menos aún lo fue el mantener el dominio colonial. Los españoles, fueran jesuitas, soldados, rancheros, mineros o arrieros, sólo dominaban el terreno que pisaban y literalmente sólo mientras lo pisaban. La gran cantidad de pequeñas unidades sociales existentes ayudó a la conquista; pues significó todo el poderío español, esto es, soldados y jesuitas junto con sus miles de aliados indios mesoamericanos, contra una pequeña aldea o una banda a la que se quería conquistar o que se rebelaba. Pero después, cuando fue necesario congregarse, unir pueblos indios en localidades mayores alrededor de la misión, junto con la consolidación del dominio español vinieron las rebeliones indias, ahora más difíciles de sofocar, porque los grupos eran mayores, tenían cohesión interna gracias al sistema de misiones mismo, que permitía la unión de varios pueblos —la cabecera y sus doctrinas, o varias doctrinas de una misma cabecera— con guerreros que sabían bastante de las

<sup>9</sup> Cfr. William, J. Mc Gee, *Los seris, Sonora*, INI, México, 1980; y Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la antigua California*, UNAM, México, 1988.

técnicas militares españolas, e incluso tenían armas de metal y caballos.

Las entradas a las tierras indias para imponer la misión nunca fueron fáciles ni pacíficas. De hecho, la historia de las misiones nos habla de cómo se fundaban y de cómo eran destruidas tiempo después y los misioneros asesinados. Pero los jesuitas volvían una y otra vez hasta que, finalmente, podían quedarse en la misión e implantar su sistema, que implicaba, tal como ya se indicó, otra forma de vida para los indígenas y, sobre todo, un reordenamiento de las fuerzas productivas pero ahora subordinadas al sistema colonial.

Desde un principio vieron la importancia del aprendizaje de las lenguas nativas para educar o convertir a los indios. En 1574, a los dos años de haber llegado a la Nueva España, aprobaron que los jesuitas que lo necesitasen aprendieran el mexicano y el otomí, y en 1580 agregaron el tarasco. Así pues, no era raro que para efectuar sus entradas a los territorios que pretendían catequizar empezaran estudiando la lengua del lugar y tomando nota de sus costumbres.<sup>10</sup> Una vez conocido lo anterior, empezaban a hacer proselitismo entre los indígenas, regalándoles comida y ropa y evitando o haciendo de lado en lo posible el consiguiente enfrentamiento con sus sacerdotes y brujos, hasta que lograban que los mismos indios los invitasen a poner una misión en sus pueblos. Las misiones se iniciaban, pues, idealmente, pero no siempre en la realidad, a invitación precisa de los futuros integrantes de la misma, lo que en principio garantizaba la paz y aseguraba el éxito de la misión. Y si esto no fuese así, siempre estaban los soldados del presidio más cercano para garantizar la paz, así como la perseverancia y organización de la orden, y sobre todo, la mano dura del misionero para asegurar el éxito.

En 1600 instalaron las primeras misiones entre los acaxee y xiximes y poco después entre los tepehuanes; en 1608 llegaron a la tarahumara, en 1614 estaban ya entre los mayos y yaquis, en 1619 habían llegado hasta la pimería, y a fines del siglo se preparaban para pasar a las Californias. Su avance no era muy rápido, pero sí muy seguro, ya que una vez fundada y asegurada una misión, y cuando ésta era tan redituable que podía contribuir a la fundación de las siguientes, continuaban adelante. Esta política les dio mejores resultados que a los franciscanos, por ejemplo, que no lograron avances similares.

<sup>10</sup> Ernest J. Burrus, y Félix Zubillaga, *El noroeste de México. Documentos sobre las misiones jesuíticas, 1600-1769*, IIH-UNAM, México, 1986, pp. 10-13, 117-130 y 197-209; Pérez de Ribas, *op. cit.*, tomo II.

En el noroeste de México las misiones no tuvieron un plano preciso, geométrico, rígidamente estructurado como las de Paraguay y Brasil. Se trataba de varios edificios: la casa del jesuita, las bodegas, el pozo o toma de agua y, por supuesto, la iglesia, y todo rodeado de las casas de los indígenas. El misionero trabajaba en tres direcciones simultáneas: 1) sedentarizaba y congregaba a los pueblos indígenas y organizaba a la nueva comunidad, 2) introducía agricultura, ganadería y artesanías, y 3) enseñaba la religión cristiana. Por supuesto, no todo fue bien y pacíficamente aceptado por los indios; algunas veces lograban congregarlos, pero siempre se marchaban y no había manera de asentarlos y sedentarizarlos, como pasó con los seris; otras veces, ya congregados, se rebelaban y había que llamar a los soldados para combatirlos, como a coras y huicholes, o hasta exterminarlos, como a los acaxee, xiximes, huites, níos, etcétera. De cualquier manera, fuera por rebeliones internas, fuera por ataques de gentiles o, en el siglo XVIII, fuera por ataques de los apaches, todas las misiones tuvieron contingencias militares más o menos severas y con cierta frecuencia. Los escritos jesuitas están llenos de descripciones y referencias al respecto.

El sitio para la instalación de una misión era cuidadosamente elegido: usualmente en las márgenes de ríos y arroyos y con tierras cultivables. Construían acequias para el riego y cultivaban tanto con éste como aprovechando el temporal, cuando lo había. Desde los inicios, además del maíz, sembraban trigo y algunos frutales. De acuerdo con el micro clima regional, también cultivaban caña, frijol, garbanzo, haba, ajos, cebollas, chiles, etcétera. Esto es, introdujeron una agricultura diversificada, además de probar continuamente con nuevos cultivos, patrón agrícola que ha llegado hasta nuestros días. Lo anterior se acompañó, como es obvio, de nueva tecnología: aperos de metal (como arados, rastras, azadones, machetes, picas y palas), tracción animal y selección de semillas o sistema de almácigos para su producción.

El medio se prestaba para la ganadería, tanto nomádica como en semiestabulación, y se introdujo ganado vacuno, lanar y caprino. Las necesidades alrededor de las comunicaciones y el transporte llevaron al auge del ganado caballar, asnal y mular. Todas las misiones contaban con hatos más o menos importantes de ganado o de bestias de carga. Las actas de entrega de misiones nos hablan de cientos y aun de miles de cabezas vacunas. En algunas misiones, como Sacarochi, Magdalena o Guadalupe por ejemplo, llegaron a tener hasta 4 000 cabezas o en Loreto unas 3 000. También tenían manadas de caballos, burros y mulas que sumaban más de 700 bes-

tias, como en Arivechi, Sahuaripa, Tépari, Movas o Santa Rosalía.<sup>11</sup> Las bestias de carga eran indispensables, en cada misión había por lo menos una de silla para el traslado del misionero, fuera a sus visitas o a las rancherías bajo su cuidado, fuera a las misiones vecinas. Tenían que contar asimismo con varias bestias de carga para el transporte de lo que necesitaban de fuera y de lo que producían en la misión.

Los cambios introducidos por los misioneros incluían artefactos de metal para carpintería, herrería y minería. En las misiones había, además de instrumentos para herrar, tijeras de trasquila y aparejos, martillos, azuelas, hachas, escoplos, bayonetas, navajas de golpe, serruchos y sierras, cepillos, lima, chuzo, barrena, puntero, cuchillos, balanzas, yunque, tenazas, moldes para tejos y para balas, agujas de arreo, etcétera.<sup>12</sup> El cambio en el utillaje, acorde con el cambio en la forma de producción, fue grande, pero los indios, al parecer, nunca tuvieron problemas para aceptar y ajustarse a los cambios tecnológicos, no así a la organización de la producción y, en general, a la vida en la misión.

De acuerdo con las ideas judeocristianas sobre moral, familia y parentesco, de inmediato la mano dura jesuita impuso brutalmente otro tipo de familia. Cualquier forma que hayan tenido anteriormente quedó borrada para dar lugar a una familia monogámica, de preferencia nuclear, patriarcal, ambilateral y neolocal y, a lo más, con extensión ritual del parentesco a partir del compadrazgo. Sólo los grupos que no estuvieran bajo la tutela de alguna misión, como los seris y los grupos del norte de Baja California, conservaron sus ancestrales sistemas de parentesco y sus estructuras familiares específicas.

La tecnificación jesuita también llegó a la vida doméstica, en la cocina se introdujeron cazos, cucharas, tenedores, cuchillos y morteros de metal, hornillas de carbón, horno de panadería y jeringas para embutidos; y en la costura, además de telas de lana, seda o algodón egipcio, tenían ahora agujas y tijeras de metal e hilo torzal.<sup>13</sup>

Las misiones estaban sujetas al derecho común y a la orden religiosa que las atendía. En cada misión se debía levantar una iglesia con puerta y llave, que se confiaba a un doctrinero indígena, el llamado «maestro». De

<sup>11</sup> Datos para 1763: (BLC-M): WBS 47, f. 1-35. Para 1765: WBS 68 f. 4-23.

<sup>12</sup> (BLC-M): WBS 1744, f. 187-294, 339-342, 390-392. WBS 1744(1), WBS 1744(2), f. 175-196. WBS 1744(3). WBS 1744(4), f. 259-266. WBS 1744(6), f. 389-396. WBS 1744(X), f. 271-272; Burrus y Zubillaga, *op. cit.*, pp. 92-115 y 171-196.

<sup>13</sup> *Ibidem*.

acuerdo con las leyes de Recopilación, las misiones debían tener un gobierno civil indígena, compuesto por un gobernador más dos o tres alcaldes, y regidores o mayordomos, alguaciles, un fiscal mayor, uno menor y varios ayudantes o topiles.<sup>14</sup>

En la realidad el gobierno de los pueblos de misión seguía más o menos el patrón del municipio indiano, pero con ajustes debidos a la peligrosidad que significaban las rebeliones y los ataques de gentiles, rebeldes de otras misiones y apaches. Los pueblos indígenas tenían un gobernador, un alcalde o mandón, alguaciles, fiscales y topiles. Alrededor de la iglesia había mayordomos o mador, maestro, sacristán y también fiscales. Para la defensa tenían sus propias milicias, formadas por un capitán de la guerra, tenientes, sargentos de la guerra, alférez y topiles.<sup>15</sup> Cargos todos que no tenían antes. Supuestamente los puestos civiles estaban bajo la vigilancia de las autoridades españolas, los religiosos del misionero, y los militares bajo el mando del capitán del presidio más cercano.<sup>16</sup> Pero en la práctica todos, absolutamente todos, sólo obedecían a su misionero jesuita, cuando no se rebelaban contra él y lo mataban. Como es de suponerse, el número de funcionarios variaba según el pueblo-misión, la época y lo expuesto que estuviese a ataques rebeldes o a rebelarse por sí mismo.

Los funcionarios indígenas eran nombrados en elección popular, supuestamente democrática, en presencia del misionero jesuita, el que además dirigía la asamblea. El religioso proponía tres nombres para cada cargo, y quedaba aquel que obtenía más votos. El capitán del presidio que protegía a la misión tenía que dar su aprobación a la elección y, finalmente, el gobernador de la provincia firmaba el acuerdo. La voluntad jesuita, sin embargo, estaba presente en todo el proceso, y lo llevaba hacia donde suponía que debía dirigirse.

El gobierno civil se encargaba, bajo la dirección del misionero, de asuntos «de corta entidad.. y aún en estos procede con dictamen y dirección del religioso misionero, porque los indios no son capaces de obrar por sí solos, con justicia, rectitud y acierto...»<sup>17</sup> El misionero y el gobernador indígena organizaban el trabajo diario en la misión. Con ayuda del mayor-

<sup>14</sup> (BLC-M): WBS 1744(4). f. 251-256. Se trata de la agregación de Arivechi a Nátora en 1749, y en el padrón de los agregados aparecen los cargos. Además, f. 274-276. WBS 1744(6) f. 231. WBS 1753, f. 87.

<sup>15</sup> *Ibidem*.

<sup>16</sup> Conde de Revilla Gigedo, *Informe sobre las misiones, 1793, e instrucción reservada al marqués de Branciforte, 1794*, introducción y notas de José Bravo Ugarte, Jus, México, 1966. pp. 20-50.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 23.

domo y de un escribano indígena (cuando lo había) se llevaban las cuentas de la misión, mismas que se entregaban al padre visitador, y éste al prior gobernador provincial, para su supervisión y vigilancia. Algunos misioneros llevaban cuidadosamente las cuentas en su misión, como es palpable en las actas de entrega o en las de visita de las mismas, pero otros por descuido o porque las condiciones no eran propicias (ataques continuos de los rebeldes, robos del ganado y de las bestias de carga, quemas y saqueos de los pueblos, destrucción de la cosecha, etcétera) al parecer no presentaban adecuadamente sus cuentas.<sup>18</sup>

El gobernador indígena conservaba la paz pública y dirimía las querrelas entre los indios. Imponía penas y daba arbitrajes, pero éstos eran válidos sólo cuando el misionero los ratificaba. El alcalde ayudaba al gobernador, lo seguía a todas partes y obedecía y hacía cumplir la órdenes de éste y las del jesuita. El fiscal tenía funciones religiosas: vigilaba al maestro, a los cantores del coro, reunía a la gente para los oficios religiosos y cuidaba de la asistencia y devoción de los fieles. Era también el encargado de administrar los castigos y ejecutar las sentencias, usualmente consistentes en azotes públicos, imposición de trabajos extras o exposición en el cepo de castigo, y lo hacía siempre bajo la mirada del misionero. Los mayordomos se encargaban de anotar matrimonios, nacimientos y defunciones, enseñaban doctrina a los fieles y los examinaban en la misma, les recordaban sus obligaciones en días de guardar y uno de ellos, el maestro, se encargaba de la llave, de la iglesia y organizaba el coro. Todos cuidaban mucho de la pureza de la fe indígena, combatían supercherías y ceremonias paganas y vigilaban, de manera casi obsesiva, la moral pública. Sin embargo, los castigos más frecuentes a los indígenas eran por asuntos de trabajo: no asistir o descuidar sus tareas agrícolas, comerse el ganado o descuidar las manadas de caballos, disponer de parte de su propia cosecha sin autorización del misionero o no cumplir con el monto artesanal asignado.

Tal como se muestra en los párrafos anteriores, las misiones, además de cambios en la tecnología y en la organización para la producción, también implicaron una nueva forma de organización social. En efecto, además de tener que vivir congregados sedentariamente, se les impuso un nuevo sistema de gobierno y de organización para el trabajo, y una estructura familiar diferente.

Los misioneros organizaron el trabajo de tal manera que todos tenían que laborar en las tierras de la misión, y cada uno además en sus propias

<sup>18</sup> Burrus y Zubillaga, *op. cit.*, pp. 92-115 y 171-196. (BLC-M): WBS 66, f. 43-44 como meros ejemplos al respecto.

parcelas. Tal como ya se indicó, usualmente destinaban tres días para la misión, tres en sus parcelas y el séptimo para el obligado recogimiento religioso; todo con horarios regidos a golpe de campana. No podían salir de la misión sin permiso del misionero porque eran devueltos por los soldados del presidio más cercano, por los jesuitas de las otras misiones o por las autoridades de los pueblos españoles o de los reales de minas. Los españoles no podían vivir en los pueblos de misión y los indios no debían vivir en los pueblos, reales y ranchos de españoles. En el siglo XVII, cuando había pocos asentamientos españoles en la región no hubo problemas al respecto, pero en el siglo siguiente, el XVIII, al aumentar substancialmente los asentamientos y la población española, empezó una sorda, pero dura batalla entre éstos y los jesuitas por la mano de obra indígena y por las tierras. Cuando los jesuitas fueron expulsados había ya indios viviendo en pueblos y reales españoles, y muchos de estos pueblos y reales estaban invadiendo tierras de misión o reservadas a los indios.

Cada misionero gozaba de un sínodo que variaba de 300 a 400 pesos anuales, según la región,<sup>19</sup> que provenía de un fondo piadoso conseguido por la orden, en el que entraban las aportaciones reales acordadas en las capitulaciones con la Compañía de Jesús, para la pacificación y evangelización de los indios. El misionero administraba la misión con ayuda del escribano indígena (cuando lograba alfabetizar a uno). Se tenían bienes de la comunidad, para los gastos generales del pueblo-misión y para el sustento de viudas, huérfanos, enfermos e inválidos; bienes de la cofradía, para los gastos de la iglesia-misión y para costear la evangelización en nuevas misiones o en aquellas que no producían lo suficiente, y bienes propios de los indios, que manejados y administrados por el jesuita servían para el sustento diario de la población.

Como los pueblos-misión estaban sujetos al derecho común, tenían que pagar tributo real y proporcionar mano de obra para las obras públicas o por asignación real. El misionero y sus ayudantes indígenas se las ingeniaban siempre para juntar lo del tributo y proporcionar bastimento a los viajeros que venían de parte del gobernador, del capitán general o del superior de la orden, y también se las ingeniaban para conseguir que saliese el mínimo de indios al repartimiento y lo más espaciadamente posible.

Los ataques de los gentiles, las batidas de depredación apaches, seris, etcétera, así como las rebeliones indias en otras misiones, podían ser combatidas con más propiedad y rapidez si se contaba con milicias propias, por lo

<sup>19</sup> Por ejemplo, en Sonora era de 300, en Baja California sur de 350 y en la Alta California y Arizona de 400. Revilla Gigedo, *op. cit.*, Pfefferkorn, *op. cit.*



que cada misión, tal como ya se ha indicado, contaba con milicias que debían proteger al misionero y a la misión, dar escolta a los viajeros y contener, cuando fuese necesario, las rebeliones indígenas en otras misiones. Esta conveniente organización acabó por servir igualmente a los intereses indígenas. De hecho, la mayoría de los célebres caudillos rebeldes indígenas eran o habían sido capitanes de guerra en su pueblo-misión.

Las casuchas que formaban la misión original pronto se convirtieron en casas de cal y canto. La misión se componía de la iglesia, que era el edificio principal, pero apenas algo más grande que los demás, con torre o espadaña en la que estaban una o varias campanas, sin grandes adornos exteriores, y con cuadros e imágenes de santos y algunos ornatos de oro, plata y marfil en su interior. Seguía la casa del misionero, usualmente compuesta de tres o cuatro piezas, una de ellas destinada para su dormitorio, otra al de visitas (viajeros, visitantes jesuitas, oficiales reales, etcétera), una tercera para comedor y estancia y la cuarta, cuando la había, para almacén. Tenían escasos muebles: apenas una o dos camas de baqueta, algunas sillas y pocos baúles y roperos, además de mesas, cuadros de santos y, sin faltar en ninguna misión, varias decenas de libros que iban desde los religiosos usuales hasta literatura clásica y de su época, pasando por los utilitarios como manuales prácticos de carpintería, orfebrería, agricultura, libros de medicina, de geología, de historia, etcétera.<sup>20</sup> Seguían después las bodegas, los talleres y los graneros. Los talleres contaban con herramienta de todo tipo que era utilizada tanto ahí mismo como prestada a los indios o llevada a visitas y rancherías del pueblo-misión. Las casas de los indígenas estaban alrededor de la misión, guardando un cierto orden, pero sin llegar a la traza cuadrangular habitual colonial o la rígida organización de los pueblos de la República Guaraní jesuita.

A pesar de los ataques de seris, apaches y otros gentiles, las misiones pocas veces estaban rodeadas de palizadas. Eran localidades abiertas, y en caso de ataque, la población solía refugiarse en las construcciones de la misión: iglesia, casa, bodegas, talleres o graneros.

Se da por supuesto que la meta fundamental de la misión era la evangelización. Al respecto, la aceptación de un nuevo dios y de nuevas ceremonias para su propiciamiento nunca han sido problema para grupos con religiones abiertas. Sin embargo, no estaban bien dispuestos al abandono de sus antiguas creencias y ceremonias. Por un lado, no veían la ventaja de adoptar

<sup>20</sup> (BLC-M): WBS-1744(2) f. 175-176; WBS-1744(4). f. 159-266, 271-272 y 287-294; WBS-1744(5) f. 339-340; WBS-1744(6) f. 390-392.

un dios único con maneras específicas y precisas de propiciarlo, cuando podían tener muchos, para diferentes cosas y con muy variados caminos para su propiciamiento. El problema se presentaba, pues, no en la aceptación del cristianismo, sino en el abandono de sus tradicionales creencias, mitos y ritos. Los jesuitas, por su parte, que no podían entender esta actitud indígena, suponían que no todos eran dignos de ser cristianos totales, e idearon tres categorías para indicarlo: doctrineros, de confesión y de comunión. Los primeros, usualmente niños y muchachos, estaban bautizados, eran los que estaban aprendiendo la doctrina y podían, eventualmente, ser confirmados. Los de confesión ya estaban confirmados, conocían más o menos la doctrina y podían confesarse, y sólo los terceros, los de comunión, estaban bautizados y confirmados, sabían cabalmente la doctrina y podían confesarse y comulgar. Todos, desde los doctrineros, tenían que saber rezar. La misma clasificación de los diferentes tipos de cristianizados, además de la continua mención en la documentación jesuita a la existencia de «supercherías y cosas demoniacas» de sus catecúmenos hace suponer que el éxito en la cristianización de los indios no fue de ninguna manera rotundo ni amplio. Datos etnográficos modernos atestiguan la persistencia de creencias, ritos y ceremonias de origen prehispánico en la religión, la magia y la medicina de los grupos del noroeste de México.<sup>21</sup>

La vida en la misión no era fácilmente soportada por los indios, por lo que había continuos levantamientos, abandono de pueblos de misión y acusaciones contra sus misioneros y desobediencias cotidianas. Económicamente muchas misiones resultaron grandes éxitos, como las de Sinaloa, Topia y sur de Sonora, tanto que pudieron costear hacia fines del siglo XVII y principios del XVIII los avances hacia las Californias, pero los alzamientos y rebeldías eran cada vez más continuos y cruentos, lo que finalmente acabó con su bonanza económica y puso en problemas, desde mediados del siglo XVIII, no sólo a estas misiones sino también a las misiones de avanzada que sostenían. Además, los ataques apaches, recrudescidos en esta etapa, contribuyeron a ensombrecer aún más el panorama.

Con la excepción de las misiones de la Baja California y de algunas del desierto norteño de la provincia de Ostimuri (norte de Sonora y sur de Arizona) las misiones jesuitas acabaron siendo prósperas empresas agropecuarias,

<sup>21</sup> Cfr. Alejandro Figueroa, *Identidad étnica y persistencia cultural. Un estudio de la sociedad y la cultura de los yaquis y de los mayos*, tesis de doctorado, Colegio de México, México, 1993; Nolasco, «Los Pápagos, habitantes del desierto» en *Anales del INAH*, tomo XVII, INAH, México, 1965, pp. 375-448; Evon Z. Vogt (ed.), *Handbook of Middle American Indians*, Part II, Vol., 8, University of Texas Press, 1969.

que mantenían un exitoso comercio con los reales de minas (sobre todo en la sierra) y con los ranchos (en las planicies costeras). De hecho, la prosperidad de sus misiones fue lo que permitió, por un lado, continuar la entrada de los jesuitas y su permanencia en la zona, pero por otro lado, atrajo la mirada de los españoles sobre la riqueza que manejaban, las tierras y la mano de obra indígena que controlaban. A partir de mediados del siglo XVIII los conflictos entre misioneros y rancheros, ganaderos y mineros se incrementaron y pronto los capitanes de los presidios tomaron partido por estos últimos, y empezaron a desproteger a las misiones.

Los indios sujetos a la misión tuvieron forzosamente que cambiar: ser sedentarios, evangelizarse, iniciar su aprendizaje del castellano, hacerse agricultores, adoptar nuevas formas de parentesco, matrimonio y herencia, otro sistema de gobierno y de organización social con ciclos culturales de vida y rutinas diarias diferentes a las propias. Recibían a cambio alimentación, cuidados en la enfermedad, la vejez y la orfandad y protección contra los ataques enemigos. Además, los jesuitas exigían una férrea y rígida obediencia a su dirección, dentro de su sistema misional que se caracterizaba al interior por la extrema centralización del poder en manos del religioso y su gran jerarquización. El costo fue alto para los indios que, con excepción de los ópatas, lo resistían bastante mal y abandonaban las misiones o se sublevaban continuamente.

Las misiones jesuitas estaban organizadas en provincias que contaban con varios rectorados, compuestos a su vez de diversas misiones con sus respectivas visitas. Para mediados del siglo XVII los jesuitas tenían cinco provincias, en las que habían ya establecido diez rectorados,<sup>22</sup> que comprendían 66 misiones, o partidos, o curatos, con más de doscientos pueblos entre cabeceras y visitas. La acción de los jesuitas permitió la entrada de otros españoles: mineros, arrieros y comerciantes civiles, quienes habían ya establecido para esta época seis pueblos, entre reales de minas y pueblos de españoles, además de los tres presidios que la Corona española sostenía.

Sin embargo, aún no llegaban a lo más abrupto de la Sierra Madre Oriental al este, al desierto norteno o a la península de California al oeste, pero cincuenta años después, en 1697, tomando como base las misiones del norte de Sinaloa, establecieron una misión en el sur de la península, y poco después, entre 1700 y 1710, a partir de las misiones del norte de Sonora, penetraron, por

<sup>22</sup> Cinco provincias: Sinaloa, Sonora, Piaxtla, Tepehuana y Nayarit, y diez rectorados: Xiximes, San Andrés, Tepehuana, Tarahumaras Antiguos, San Joaquín y Santa Ana, San Francisco de Borja, San Francisco Javier, San Ignacio del Yaqui, San Felipe y Santiago y la de Santa Cruz de Topia. Pérez de Ribas, *op. cit.*

un lado, al norte de la península y a la alta California, y por el otro lado, a la Sierra Madre Occidental. Para 1726 ya controlaban todo lo que hoy es el noroeste de México y parte del sudoeste de los Estados Unidos, a través de siete provincias, con dieciséis rectorados que comprendían 102 misiones o curatos.<sup>23</sup> A principios del segundo tercio del siglo XVIII los jesuitas alcanzaron su máxima extensión y el mayor esplendor de su sistema misional.

Fue entonces cuando empezaron sus problemas y la declinación de su sistema misional. Los españoles de la región presionaban cada vez más por las tierras y la mano de obra india; los misioneros fueron obligados a entregar al clero secular algunos de sus curatos o misiones, como los de Nayarit y los sureños del Tepehuan;<sup>24</sup> los pueblos de misión se sublevaban o se unían a los no conquistados o levantados; los ataques apaches se volvían más frecuentes, cruentos e incontrolables y, por si fuera poco, en Europa la Compañía de Jesús empezaba a tener problemas con los diferentes gobiernos. Al momento de la expulsión de la orden, en 1767, el sistema misional en el noroeste de México estaba ya en plena decadencia.

Dos años antes de la expulsión de los jesuitas, en 1765, el éxito de las misiones era ya más que precario. Tenían 98 misiones bajo el cuidado de 100 misioneros, que atendían a poco más de 101 mil personas (27 462 familias). Alrededor de la mitad de las misiones tenían ya severos problemas económicos, y casi un tercio del total, además, estaban levantadas y otro tanto parcialmente abandonadas o casi destruidas por los continuos ataques apaches. Además, bajo la presión de pueblos, minas y ranchos de españoles, muchos indios abandonaron las misiones y se fueron a trabajar con ellos. En lo religioso, el 22.6 por ciento de los 101 mil indios de misión eran doctrineros, 60.7 por ciento de confesión y sólo el 12.8 por ciento de comunión (el 4 por ciento restante estaba catalogado como viudos y no se menciona su categoría cristiana).<sup>25</sup>

Los jesuitas fueron unos misioneros diferentes a los demás religiosos. La orden había sido fundada por Ignacio de Loyola en 1534 para la conversión de herejes, el servicio de la religión y llegar a dios a través del sacrificio, y era, más que contemplativa, militante. A diferencia de otras órdenes, podían trabajar y vivir solos, pero debían tener relación continua con otros

<sup>23</sup> Siete provincias: Sinaloa, Sonora, Piaxtla o Topia, Tepehuanes, Nueva Tarahumara, California y Nayarit, y dieciséis rectorados: Sinaloa, San Ignacio, Chínipas, San Francisco, Dolores, San Borja, Santos, Mártires, San Andrés, Topia, Piaxtla, Tepehuanos, Tarahumara, San Joaquín, Guadalupe, Loreto y Nayarit. (BLC-M): WBS-1742. f. 8 a 10.

<sup>24</sup> (BLC-M): WBS 1753 f. 291-306.

<sup>25</sup> Datos provenientes de (BLC-M): WBS 68. f. 4-23.

jesuitas y hacer siempre y de forma regular sus místicos ejercicios de San Ignacio. Eran más cultos, tenían una mejor preparación y estaban sujetos a una minuciosa y rígida selección dentro de la orden, pero tenían cierta libertad para dedicarse, dentro de las tareas de la Compañía, a la que mejor se acomodase a su carácter, aptitudes y gusto, por lo que estaban en mejores condiciones que otros para hacer frente a la tarea misional en el noroeste y no sólo tener éxito, sino hasta ser innovadores. Aceptaban con gusto su labor misional porque consideraban que era un camino hacia dios, pero nunca tuvieron simpatía o amaron a sus catecúmenos indios, de hecho siempre se refieren a ellos en términos despectivos y ominosos por demás, tal como lo demuestran sus escritos.<sup>26</sup>

Impusieron un modelo de dominación y ocupación que se caracterizaba por ser un sistema político teocrático, excesivamente centralizado, basado en una economía agraria comunitaria y una organización social del espacio impuesta por el misionero, con población congregada obligadamente en pueblos de misión, aislados y separados de la sociedad colonial, pero a la vez, formando parte estructural de un sistema económico que ligaba mina-misión-rancho. Los excedentes producidos eran utilizados tanto para sostener a las nuevas misiones, mientras éstas podían ser autosuficientes, como para acrecentar las riquezas de la orden

De cualquier manera, más allá de la epopeya del descubrimiento y conquista del noroeste de México, de los afanes evangélicos de la orden, de lo brutal de la aculturación forzada de los indios, de los pleitos entre religiosos, civiles y militares por la tierra y la mano de obra, los grupos indígenas del noroeste de México son todavía hoy el resultado del sistema de misiones de la Compañía de Jesús.

Poco antes de su expulsión, los jesuitas tenían ya problemas de diverso tipo en las misiones. En lo económico no alcanzaban a sostenerse, en lo político-militar había que enfrentar continuamente rebeliones y frecuentes ataques de apaches, en lo social, se les estaban saliendo los indios de las misiones, y en lo religioso, sólo habían conseguido evangelizar cabalmente al 12.8 por ciento de los indios. Las misiones, a la partida de los jesuitas, no eran el éxito esperado o, al menos, el alcanzado en la primera mitad del siglo XVIII, su etapa de gran esplendor.

<sup>26</sup> En las obras de Pérez de Ribas, Pfefferkorn, Nentwig, así como en los más de cuarenta manuscritos analizados de la Benson Latin American Collection, sólo se encontraron dos en que se reconoce alguna inteligencia, lealtad y honradez a los indios, en los demás se les da un trato no sólo de inferiores, sino de delinquentes, menores de edad, llenos de maldad, tontos, «solo dignos de las galeras reales», etcétera.

El modelo de misiones implicó cambios culturales y tecnológicos profundos, con resultados al final más que precarios. ¿Falló el modelo de aculturación forzada creado por la misión, o fueron factores externos los que estaban incidiendo al respecto? El modelo implicó no sólo la transculturación de los indios, sino la creación de un sistema económico basado en una agricultura muy dinámica junto a ganadería en semiestabulación y, en las zonas en que esto era posible, con pastoreo seminómada. Además, la misión estableció una unión muy redituable con ranchos y minas, junto a la estricta separación de su ámbito, territorial e indígena, del de los demás, fueran pueblos, ranchos, minas o presidios españoles.

El buscado aislamiento interno, exitoso en una primera etapa porque permitió la aculturación forzada como único camino de sobrevivencia a los indios, acabó siendo el fermento de los levantamientos y abandonos de misiones. El interés jesuita por controlar los recursos naturales y humanos regionales los llevó al enfrentamiento con españoles civiles, militares y con el clero secular y el resto del regular. Y todo, además, en momentos en que la Compañía de Jesús se encontraba frente a severos conflictos políticos con los gobiernos europeos, conflictos que al final llevaron a la expulsión de la orden. Este aislamiento que, en el siglo XVII, había permitido desplegar la habilidad jesuita para convencer a los indios con la espada del soldado atrás protegiéndolo —hay que recordarlo siempre—, en otro momento, segundo tercio del siglo XVIII, ya no era útil. Por otro lado, la protección militar ya no era tan incondicional para el jesuita, sino más bien hostil. Varios episodios son bien ilustrativos al respecto, como el caso del pima Luis del Sáric, que tan pronto lo encontramos defendiendo su misión o sofocando la rebelión en otra, como levantado y asesinando a su misionero, para tiempo después volver a ser el defensor de su misión y de su misionero.<sup>27</sup>

A lo anterior se suman los ataques apaches, y los de los indios de misión que aprovechando la fama apache también atacaban haciéndose pasar por tales, como fue el caso de los pimas bajos de la sierra o de ciertos tarahumaras de la alta. Todos estos ataques parecían incontrolables porque seguían tácticas nuevas, como la guerrilla de ataque y huida. Eran *razzias* de depredación más que de dominación.

A la expulsión de los jesuitas, la situación ya era otra. Cuando llegaron, contaban con todo el apoyo del Imperio Español, para convencer a los indios e imponer el sistema de misiones. Al final eran los jesuitas con el apoyo de

<sup>27</sup> Burrus y Zubillaga, *op. cit.*, pp. 229-235, 267-282, 358; (BLC-M): WBS 1658 f. 1-7.

unos cuantos indios de misión contra todo el Imperio Español junto con los intereses particulares de los colonos, militares y clero asentados en la región e indios rebelados y apaches. El modelo de misiones, pues, ya no era posible en estas circunstancias. Las órdenes que llegaron a sustituirlo se dieron cuenta bien pronto de ello.

El modelo de sistema de misiones fue el resultado, para bien y para mal, de la acción que iniciaron en 1594, en América, la docena y media de miembros de la Compañía de Jesús que salieron de España, y que no pudieron concluir el centenar de jesuitas expulsados en 1767. De cualquier manera, el noroeste de México tiene todavía hoy la impronta que el sistema de misiones jesuitas le dejó.

## Bibliografía

- Cardiel, José, *Las misiones del Paraguay*, Crónicas de América número 49, Madrid, España, 1988.
- Burrus, Ernest J. y Félix Zubillaga, *El noroeste de México, Documentos sobre las misiones jesuíticas, 1600-1769*, IIH-UNAM, México, 1986.
- Del Barco, Miguel, *Historia natural y crónica de la antigua California*, UNAM, México, 1988.
- Diversos autores, *Manuscritos jesuitas*, Benson Latin American Collection, Manuscritos (BLC-M), Expedientes WBS 47, WBS 66, WBS 68, WBS 1658, WBS 1742, WBS 1744, WBS 1745 y WBS 1753, Biblioteca de la Universidad de Texas, Austin, Texas, (los manuscritos proceden de la colección García Icazbalceta que vendió a esta universidad Genaro García), siglos XVII y XVIII.
- Figuroa, Alejandro, *Identidad étnica y persistencia cultural. Un estudio de la sociedad y la cultura de los yaquis y de los mayos*, tesis de doctorado, Colegio de México, México, 1993.
- Gobierno del estado de Chihuahua, *Historia General de Chihuahua*, tomo I, Gobierno del estado, Chihuahua, 1990.
- Gobierno del estado de Sonora, *Historia de Sonora*, tomo I, Gobierno del estado, Hermosillo, 1989.
- González de Cossío, Francisco, *Relación breve de la venida de los de la Compañía de Jesús a la Nueva España*, edición, prólogo, paleografía y notas de autor anónimo, año de 1602, Imprenta, Universitaria de México, México, 1945.
- Lafaye, Jacques, *Los conquistadores*, Siglo XXI Editores, México, 1970.
- Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe*, Sepan Cuántos, número 152, Porrúa, México, 1978.

- McGee, William J., *Los seris, Sonora*, INI, México, 1980.
- Messmacher, Miguel, *La búsqueda del signo de Dios: ocupación jesuita de la Baja California*, tesis de doctorado, 5 volúmenes, FFL-UNAM, México, 1992.
- Nentwig, Juan, *El rudo ensayo: descripción geográfica, natural y curiosa de la provincia de Sonora, 1764*, introducción, apéndices, notas e índice analítico de Nolasco, Martínez y Flores (ed.), Col. Científica, número 58, INAH, México, 1977.
- Nolasco, Margarita, «Los pápagos, habitantes del desierto» en *Anales del INAH*, tomo XVII, INAH, México, 1965, pp. 375-448.
- Conquista y dominación del noroeste de México*, mecanoescrito, DEP-ENAH, México, 1994.
- Ots Capdequí, José María, *El Estado español en las Indias*, FCE, México, 1959.
- Pérez de Ribas, Andrés, *Historia de los triunfos de Nuestra Santa Fe, entre gentes las más bárbaras y fieras del orbe*, 3 tomos, Ed. Layac, México, 1944.
- Pfefferkorn, Ignaz, *Sonora. A Description of the Province*, traducción del alemán al inglés por Th. E. Treutlein, University of New Mexico Press, Albuquerque, New Mexico, 1948.
- Revilla Gigedo, Conde de, *Informe sobre las misiones, 1793, e instrucción reservada al marqués de Branciforte, 1794*, introducción y notas de José Bravo Ugarte, Jus, México, 1966.
- Vogt, Evon Z. (ed.), *Handbook of Middle American Indians, Part II, Vol., 8*, University of Texas Press, 1969.